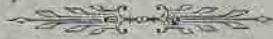


TRIUNFAL

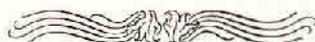


CONFERENCIAS

sobre la cuestión colombo-peruana
con motivo del incidente de LETICIA,
pronunciadas por su autor en varias
poblaciones de este Departamento y
reconstruídas aquí con la mayor fidelidad



*EL AUTOR CEDE ESTA OBRA A BENEFICIO
DE LA CRUZ ROJA NACIONAL*



*Tenemos a nuestro favor la fuerza del derecho y el
derecho de la fuerza en el atentado de Leticia.*

ENRIQUE OLAYA HERRERA.





Coterráneos!

Una apremiante exigencia de las autoridades civiles y eclesiásticas y el clamor que advierto entre vosotros, me traen a la tribuna.

El alma de Colombia acaba de experimentar una sacudida eléctrica, y el orgullo caballeroso de todos sus habitantes se ha estremecido de extrañeza y de soberbia. ¡Cómo nó, si un oscuro sargento de allende nuestra frontera del sur ha desgarrado la soberanía nacional ocupando a traición, a mansalva y sobreseguro, a la manera de un evidente asesino, el pueblo de Leticia, allá en el Amazonas! ¡Cómo nó, si es la acción villana del eterno ingrato, hoy personificado en el soldado Sánchez Cerro, el mismo que pretendió hace poco, en París, intimidar a nuestro Ministro diplomático, Gral. Alfredo Vásquez Cobo, de quien recibió, por éllo, una solemne lección de valentía! Oídme: por asuntos relacionados con la caída del Presidente Leguía, especialmente en lo tocante al tratado de límites más reciente entre Colombia y el Perú, acerca del cual dice este soldado suyo,—(quien le volvió la espalda y tramó un golpe de cuartel para derrocarlo)—que obedecía simplemente a una suma de dinero dado por aquélla a éste para tal fin, se suscitó un altercado en la capital de Francia, que iba dando por resultas la concertación de un duelo entre nuestro representante y el actual presidente usurpador del país limítrofe. Así habría sucedido si este último sujeto no se hubiera humillado cuando el Gral. Vásquez Cobo le dijo: "Sáque su revólver para hacércelo tragar." Y quién es ese tal Sánchez Cerro? (1) Un ignorante, como lo probó en el escrito que dejó en San Pedro Alejandrino cuando visitó el recinto donde murió Bolívar; un

(1) Este nombre es adoptado para encubrir el propio de pila, oscuro y plebeyo.

TRIUNFAL

descastado que negó a su jefe, como Pedro a Jesucristo; un tirano elevado al sillón en donde se halla por virtud de la fuerza militar; un hombre abominado por más de media nación peruana y a lo cual debe la bala con que José Melgar, le atravesó los pulmones al salir de un *Te-Deum* en Lima; un dictador que tiene en la prisión al legítimo presidente elegido por el pueblo, doctor Haya de la Torre; un moderno reconquistador que mantiene desterrados de su propia patria a los apristas, sus conciudadanos; un cualquiera, a quien sus mismos marinos se le subleváron para deponerlo apenas subido al poder y a quienes, por esa actitud levantada y patriótica, sentenció a pena de muerte, librándose tan solo merced a la intervención enérgica de los diplomáticos extranjeros y las damas limeñas. *Ecce homo!*

La situación presente de los colombianos es gravemente delicada: su honra nos obliga hasta el sacrificio; el ultraje no tiene nombre, la venganza debe ser ejemplar. Y como el recuerdo de las pasadas grandezas siempre ha sido un prepotente acicate, desde Tirteo hasta Acevedo Gómez, me siento irresistiblemente inclinado á refrescaros vuestro abolengo histórico.

En verdad os aseguro, que nada es tan placentero para mí como rememorar el pasado glorioso de nuestra raza, en cuyos pliegues se admira a la vez la reciedumbre de las espigas que la han atormentado y los esplendores que la han divinizado. Yo siempre he creído que las efemérides nacionales han de ser algo más que una fórmula para los ciudadanos, de cualquiera edad y condición, porque así como llevamos en el cuerpo el jugo de la tierra en donde hemos nacido, lógico y natural es que también en el alma llevemos una idolatría por nuestros benefactores, por aquellos que á nuestro temperamento le diéron la consistencia del sér libre, a nuestro cerebro la evidencia del carácter, a nuestra fantasía el encanto de vislumbrar la lejanía sin sombras y a nuestra aspiración la posibilidad de soñar con la grandeza. De mí sé deciros que después del cariño hácia mis padres, solamente he sentido otro tan hondo en el transcurso de mis días: por Santander y Bolívar. Tampoco he experimentado una simpatía tan arraigada como la que me inspira esa cauda de inmortales desde los ecuatorianos Selva Alegre y Ascásubi, hasta Salóm y Jiménez, los héroes del Callao. Entre estos cuatro últimos nombres se encuentran el basamento y el pináculo de la lucha por la emancipación americana.

¡Qué frescura de colorido y qué riqueza de pedrería nos ocultan las sedas de nuestro pabellón! Si la historia de los pueblos antiguos tiene páginas increíbles de valor, de abnegación, de nobleza, de dolor y de talento, es para

mí un hecho irrefutable que la de América es incomparable, con especialidad la de la Gran Colombia, porque, desde cualquier punto de vista que se la considere, es un arca maravillosa que ofusca los sentidos, ya se trate de la gesta heroica de nuestros nativos en Turbaco y de la indígena arrogancia de la Gactana; ya de la quimera frustrada de Galán, Araque y Alcantuz; ya del estreno trágico del primer árbol de la libertad; ora de los incidentes semifantásticos de Pey, Céspedes y Groot; ora del uniforme de oro que mereció cierto oficial muerto en una batalla; ora de aquella jaula de hierro de la plaza de San Victorino; ora del interminable martirio de José María Carbonel; ora de la terrible tentación de Delaly; ya de la "Fauna cundinamarquesa"; ya de la brillante catadura de "El Reconciliador," "El Condor," "El Granadino" y "La bandera tricolor." o ya, en fin, para no citar innumerables acontecimientos mucho más conocidos y de los cuales, por lo tanto, no os quiero hablar, de la escalofriante tentativa de Casacoima, que narra Briceño Méndez, por parte de aquel hombre a quien Cantú llamó "fenómeno en los anales de la humanidad," y Nervins "el Napoleón de la libertad," ese de quien dijo el propio Morillo que "derrotado era mucho más temible que vencedor."

Con relación directa a este nuestro Municipio, es bueno que sepáis: primero, que aquí se derramó preciosa sangre patriota en dos combates que acaecieron el uno á fines de 1815, y el otro pocos meses después, a principios de 1816, en la misma fecha que ocurrió la derrota de Cachirí; segundo, que por aquí pasó y aquí pernoctó el Libertador; tercero, que en este suelo reposan las cenizas de un nobilísimo sacerdote republicano, quien fué perseguido por los españoles de un modo tremendo, el padre José Angel Manrique, ardiente revolucionario que estuvo a punto de ser por éllo fusilado en 1816. Estuvo él en la conspiración de 1794 con Nariño y Zea; fué aborrecido hasta lo increíble por el clero peninsular, y habiendo sido remitido preso a España, iba ya en Santamarta cuando supo el triunfo de Bolívar en Boyacá: inmediatamente se fugó, se vino a Bogotá, el héroe le ofreció un alto cargo en la catedral de allí, pero el virtuoso cura no quiso aceptar sino su viejo curato de Cócota, y aquí murió en 1822.

¿Sabeis acaso vosotros que la esmeralda colombiana está reputada como la primera calidad en el mundo entero? Ved, pues, que no por haber nacido en este rincón del globo carecemos de prosapia guerrera y de porvenir. Esto quiere decir que en nuestro pecho debe florecer por siempre un sentir hondo, muy hondo, que extienda sus raíces por centurias atrás en forma de gratitud; que en nuestras arterias debe palpitar, con la blancura de los cisnes, el

TRIUNFAL

honor; que sobre nuestras cabezas debe advertirse sin treguas el céfiro del progreso, y que en nuestros labios no pueden callarse nunca las palabras más dulces de la veneración para la Patria. En estos instantes de peligro y de entusiasmo en que los eunucos libertados por nuestros padres, en hazañas sin segundo, conforme lo escribí no há largo tiempo en un estudio sobre Sucre, pretenden ultrajar nuevamente esas sombras augustas y proceras y destrozar nuestro mapa, las imágenes de ellos vienen a nosotros, cual bandada de fúlgidas cigüeñas, a formar en nuestro sentimiento el nido immaculado del mejor de los amores por la mejor de las madres: por Colombia.

Que viva ella! Que viva el gobierno nacional! Que viva nuestro ejército! Que viva la victoria!

Cácota, setiembre 11—1932.





Compatriotas!

Los dos caballeros con quienes me habeis visto llegar, me han ido a pedir que os hable en este bazar patriótico. Ante tan benévola solicitud, y teniendo en consideración vuestra respetuosa lealtad para esta patria atormentada, héme aquí.

Hasta estas lindes del territorio nacional ha llegado el eco del zarpazo de un oscuro bandido en el rostro adorable de Colombia, y la sangre os borbota entre las venas.

El 9 de diciembre de 1824 se libró la batalla de Ayacucho, que libertó definitivamente al Perú. El general Santander había enviado de aquí a tal objeto, y con ponderosos sacrificios, 3.000 hombres y gran cantidad de pertrechos. Un general Portocarrero vino urgentemente de aquel país a solicitar auxilio de nosotros. Toda la ciudadanía peruana, por medio de dos delegaciones y numerosos despachos suplicó a Bolívar que fuera inmediatamente a salvarla. El 1.º de setiembre llegó éste a Lima. Se cubrió luego de gloria, por cuyo motivo le ofrendaron una corona de oro esmaltada de diamantes, la que, con las banderas, estandartes y pendones españoles capturados, fué remitida a Bogotá. El ejército colombiano recibió los honores de una inmortal apoteosis por haber librado a los peruanos del despotismo ibero. Basta decirlos, en resumen, que entre los prisioneros que hicieron nuestros paisanos había 14 generales españoles. En seguida se firmó un tratado en que se declaró el Perú deudor de Colombia por los gastos de tan ardua campaña.

Cualquiera supone que después de tanto heroísmo y generosidad compendiados en pocas palabras, los libertados por nuestros abuelos tendrían para ellos y para nosotros un reconocimiento y un respeto por los siglos de los siglos. Pero es el caso que la idiosincrasia peruana era y es diametralmente opuesta a la nuestra. Veamos.

El gran Mariscal Sucre, (en unión del general Córdoba), había sido el semidiós del campo de Ayacucho. Su cuerpo marcial fué respetado por el plomo de Canterac, silenciado formalmente en una hora; pero fué ultrajado después, dentro de la libertad, por los fusiles peruanos que le rompieron un brazo. Y el ejército colombiano libertador fué desterrado del Perú. Resultado? Bolívar se vió en la imprescindible urgencia de declararle la guerra a ese mezquino país, y sucedió así la ejemplar jornada de Tarquí en que 4,000 colombianos destrozaron totalmente a unos 8,000 peruanos. Las milicias vencedoras habrían podido hacer de los vencidos un ridículo juguete. No fué así. Firmaron únicamente el tratado de Girón con una benignidad que nos hizo y nos está haciendo un mal indecible.

El primer acto de la nueva descortesía fué haberse negado después Lamar y Gamarra a entregarnos la ciudad de Guayaquil, que nos pertenecía de derecho.

Cualquiera supone otra vez que hasta ahí llegaría la terca antipatía de los peruanos. Nó, señores! Organizaron de nuevo otra expedición contra Colombia. Pero el destino, que tiene sus leyes infalibles, hizo que el inicuo Lamar, ese prototipo de la traición, la doblez y la mentira, fuera desterrado de su propia república y viajara a morir, abandonado y triste, en Centroamérica.

Desgraciadamente, tantas amargas decepciones, tanto engaño y tanta liviandad de los incáicos para con sus benefactores, desolaron incomparablemente el temple de Bolívar, quien vió, estupefacto, escupido el rostro de su adorada Colombia por el salivazo horrendo del más vil de los ingratos; empezó así a desmayar el espíritu del grande hombre, sus pupilas se nublaron de amargura, y poco después, en Santamarta, se abrió para este genio singular en la historia la ventana infinita del silencio. Había caído como una inmensa víctima de las incomprensiones, en el tibio regazo de su hija predilecta, ante el rumor dolorido de un mar que había visto esas sienas orladas por una fronda invaluable de laureles, en donde ahora llevaba la señal sonrojante del infame pedrusco que la mano peruana le lanzara en la sombra.

Esto hace una centuria. Y hoy, como un caso de repetición, se irgue de nuevo el hijo pródigo con un dardo en la mano para pagarle a la bondad sus favores, para mancillar el olímpico mirto que sobre los cabellos de la madre gentil arrulla el viento con el acento divino de las consagraciones. El código del derecho internacional ha sido vapulado, la fé de las naciones ha sido apostrofada, la dignidad de los hombres ha sido provocada y el suelo americano se sentirá nuevamente empapado por la sangre confundida de los caballeros sin mancilla y sin miedo que van

a cobrar, en moneda de sangre también, la arrogancia intempestiva, temeraria e inicua de la hidra horripilante que ansía atrapar entre sus pulpos insaciables e impuros la heredad de sus hermanos. Ah! Pero no habrá de conseguir su intento, lo uno porque la fuerza de la justicia está de nuestra parte como un ariete inexpugnable, lo otro porque el brío epopéyico de vosotros es una herencia, y ella, como tal, es una ley inquebrantable. La planta jayanesca que ha hollado nuestro suelo volverá hácia atrás, sí, volverá por el mismo camino de desdoro, aberración, terquedad y vileza que recorriera ayer, para reconcentrarse en lo futuro bajo el peso agobiante del inri de Caín. Sí, desandarán lo andado, porque así lo quieren los modernos castellanos que hacen de su honra una augusta religión, porque la virtud vale más que el atropello, porque el lucero vale más que la oruga, porque la luz vale más que la tiniebla, porque lo quereis vosotros, vástagos valerosos de este campo inmortal de "La Donjuana."

La Donjuana, setiembre 25—1932.





Concurrencia!

El encargado de la autoridad en este lugar me exige que represente al gobierno ante vosotros.

Y como veo una asiduidad, una decisión y un ánimo resuelto en todos los niños de las escuelas aquí reunidas en acto de presencia ante la Patria atribulada, he de decir algunas frases relacionadas con la niñez.

Un niño! ¿Pero acaso sabemos con plenitud lo que quiere decir esta palabra? Un niño! Pudiérase enunciar quizá, con asomo de acierto, que él es la personificación exacta del presente, del hoy; paradójicamente es posible adaptarle la expresión de Michelet cuando dijo del amor que "es la única pasión que no tiene pasado ni porvenir."

A través de las crónicas de todas las edades, se echa de ver que el niño ha sido y es como el compendio de la sublimidad. Y parece que de sus débiles y rosadas manecitas penden los polos del universo entero, a la manera como el destino de los entes racionales obedece al carcaj de Cupido. Para un país todo el oro de sus minas no vale lo que un niño. De ahí que la familia sea la base filosófica del Estado. De ahí que un hogar sin pequeñuelos sea el espectro de la desolación. De ahí que la fosa que se abre para un párvulo deba ser ante el sentido común de la humanidad una especie de cercenamiento de su esencia misma, porque ahí se trunca una parte de su destino,—"como se matan las rosas—según Remy de Gourmont—cercenando los rosales." Ah!, yo siempre he creído que solazarse por la muerte de un chiquillo, conforme se observa inicua mente en ciudades, veredas y villorrios, es el más degradante de los crímenes, la más torba de las aberraciones, la más atroz de las indignidades. Un niño! Preferible sería ver morir un planeta. Y en la tormentosa oscilación de este mar de la existencia, primero que contemplar la agonía de nuestros rapazuelos en cuyas sonrisas se asoma todo un Dios, aceptable sería naufragar nosotros mismos sobre la roca viva del Deber, con la tranquila satisfacción del cisne cuando canta, ya que

"es muy dulce morir sobre una roca
con un beso de paz entre la boca
y un arrullo de amor en la garganta."

Hè ahí por qué en este amargo instante que atraviesa nuestra República al borde de una hórrida hecatombe internacional a donde nos lleva la bofetada afrentosa del Perú, tengamos que volver nuestra mirada inquieta y nues-

tras solicitudes generosas hácia el mejor de los tesoros: nuestra infancia. Podrémos nosotros sucumbir, con la altivez espartana de los mártires del circo, pero dejamos atrás un reguero de promesas individualizadas en este enjambre semidivino que oculta en sus ojos los más fascinadores horizontes.

El expirar de un soldado tiene que ser muy plácido cuando allá en su intelecto lleva la convicción de que sus sucesores quedan en terreno libre, de que el rezo de esas boquitas purpurinas no habrá de ser turbado por el peso sacrílego de una tiranía, de que en esos cuerpecitos crece la oliva de un honor impoluto, sin la sombra agobiante de las esclavitudes. El héroe de una patria nunca hollada, ni subyugada jamás podría muy bien, desde su túmulo, musitar al oído de sus hijos este pensar:

“Me siento cerca, y miro vuestra vida
correr como una fuente de agua pura,
porque sois como lámpara encendida
sobre el silencio de mi tumba oscura.”

Y mientras Colombia, acongojada, juegue su suerte en los campos de batalla, vosotros, niños jugad también, con vuestra inconciencia primaveral, en el campo libérrimo de esa vuestra gran Madre, pues que vuestros gritos jubilosos y vuestro placentero reír son para ella la mejor orquestación dentro de sus fronteras. ¡Qué horribles, qué espantosos, qué agobiadores serían para ella vuestro silencio, vuestro llanto y vuestro abatimiento en sus horas de peligro! Así como las músicas marciales hacen menos brumoso el humo de los fusiles, así vuestra alegría es un gran incentivo para luchar y vencer en la contienda. Reíd, sí, reíd, que el tiempo, en su secreto de eternidad, vibra en cada nota de vuestro regocijo. Que en vuestro semblante no se advierta en esta hora ninguna lágrima inquietante, pues, son vuestros pesares tan sólo, conforme a Paul Verlaine,

“si los tenéis acaso,
vuelo de golondrinas por un cielo de raso.”

Reíd ahora, que muy pronto habréis de ocupar el puesto de vuestros padres, y entonces sabréis de sobra lo que es sollozar de infortunio y de penas implacables. Reíd ahora, cuando en vuestras inteligencias se esboza apenas el afecto a esta insuperable y preciosa Colombia. Reíd, sí, que después habréis de leer, para hacer vuestra, esta estrofa de Mesa Merlano:

“Que me azote el adusto fatalismo
como a su ciega voluntad le cuadre;
llevo un aliado vencedor: yo mismo!
Y de la vida en la feral querella,
tengo una santa religión.... mi madre!
y un sol de intensas claridades: Ella!



Respetables damas y distinguidos caballeros!

Nó sé como agradecer tanta gentileza vuestra.

Dijo el doctor Aníbal Galindo, que "hay en la historia un parte de victoria y una proclama militar que serán la eterna envidia de todos los héroes. Aquél es el dictado por César desde las vastas soledades del Asia en relación con su triunfo sobre el rey del Ponto, y ésta la de Sucre en Ayacucho."

Cuando Bolívar predijo que después de reconquistar la Nueva Granada y libertar a Venezuela, iría a romper las últimas cadenas españolas al Perú, el general Anzoátegui murmuró al oído del general Soubllette: "El Libertador está loco!"

Algún historiógrafo ha dicho que si hubiéramos perdido la batalla de Ayacucho, nadie puede saber por cuántos siglos más habría dominado España en toda América.

Hoy, cuando la quintaesencia del imperialismo exótico, autenticado en un oscuro sargentón que, merced al eclipse de la justicia republicana, atrapó la presidencia del Perú, si yo os afirmara que he visto a 20 unidades aniquilar y poner en fuga todo un ejército regular, no lo creeríais, ¿verdad? Pues bien, ésto, exactamente así, sucedió en el encuentro de Saraguro, a raíz de Tarqui, en que 20 militares colombianos al mando del general Urdaneta, quedaron en posesión de gran cantidad de prisioneros, caballos y elementos de guerra peruanos, escapándose su jefe Lamar, merced a la oscuridad nocturna. Con este resultado internacional, y otros muchos que he expuesto en anteriores disertaciones, para nadie será extraño un nuevo descabro ejemplar de los pérfidos invasores, ante nuestro orgullo y nuestra cuna. Hay odios que tienen un tinte de fatalidad en las vidas de los hombres y de las naciones. Tal es el del Perú contra Colombia. Y ninguno de vosotros se asom-

bre de que esta pugna pueda continuar hasta el futuro siglo, pues, como reza el adagio, "genio y figura, hasta la sepultura." ¡Qué mucho, si a esta villana e imperdonable conducta del uno para con la otra, no obstante la permanente simpatía de ésta para aquél, se deben exclusivamente: la disolución de la gran Colombia, después de tantos esfuerzos casi sobrehumanos, y lo que quizá es para nosotros más amargo, el momento opaco de cruel ofuscación en que un Concejo de Gobierno por una parte, y el Libertador por otra, meditaran por un instante la solicitud de un protectorado de Francia o de Inglaterra!

Aún más: a los vesánicos peruanos se les debe el encendimiento y la recrudescencia de los rencores políticos en todas las repúblicas suramericanas, pasiones que han convertido nuestra riqueza, nuestra gloria, nuestra honra y nuestra misma gratitud histórica en una inmensa pira en favor del dios Vientre. (1) Para ellos el anatema indeleble y sempiterno de haber sido la serpiente del edèn amèricano^o el renaciente hijo ingrato de nuestro hogar immaculado, el incansable salpicador de lodo en la túnica blanquísima de nuestra libertad. Y si el padre de esta casa solariega, ese padre todo bondad, cariño y complacencias, el hijodalgo caraqueño que había sacrificado por ella cuanto es más valioso en la existencia, su tranquilidad y su dinero, si ese padre no pudo perdonarle sus crímenes al Perú.... nosotros, —oh!,—nosotros tampoco debemos perdonárselos, mucho menos a estas horas.

En 1899 la Cancillería de Lima no negó ante el Ministro de Colombia "el plan perfectamente preconcebido y combinado de ir tomando lentamente posesión de nuestros territorios amazónicos." ¡Y desde 1819 teníamos deseos de arreglos escritos con el Perú, y hemos venido confiando ingénuamente en su palabra!.... Lo que va del candor a la maldad!

En 1908 le dirigió nuestro Ministro Diplomático en Riojaneiro un cablegrama al Ministro de Relaciones Exteriores de Bogotá, cuyo texto, cuando años más tarde leí en los bancos de la Universidad, se me quedó aleteando en la memoria. Decíale que informaban de Manaos que había tenido lugar un nuevo encuentro entre peruanos y colombianos en Argelia; que las tropas peruanas, por orden del Prefecto de Loreto, habían organizado una emboscada, capturando 25 trabajadores colombianos; que se preparaban para invadir el Caquetá; que era inútil reclamar ante Lima. El doctor Francisco J. Urrutia, Canciller nuestro entonces, le contestó al primero ordenándole, entre otras cosas, protestar siempre ante el gobierno peruano. Qué resul-

(1) En 1920 provocó el Perú un conflicto en el Pacífico con pretexto de Arica, pero tropezó con la altivez de Bolivia.

TRIUNFAL

tó? Envenenaron a nuestro Representante Diplomático, doctor Ramírez Arbeláez, y la policía saqueó la Legación. Hoy podemos decir lo propio ante el asalto de puerto Leticia: "Es inútil reclamar ante Lima."

No hay que perder tampoco de vista en esta materia la incesante persecución o el exterminio que han estado llevando a cabo los peruanos contra las tribus indígenas colombianas, cuyos horrores han levantado admiración y protestas en Europa y obligaron al Sumo Pontífice a condenarlos formalmente. Si quereis convencerlos por sí mismos, leed la obra titulada "Crueldades del Putumayo y del Caquetá." (1) Veréis que siempre ha sido inútil reclamar ante Lima. Sí, perfectamente inútil. Pero no lo será en el efectivo territorio hollado en donde ese reclamo, que resguarda nuestra presencia, lleva en su abono, no ya la leñidad del ayer, sino la bravura, la represalia y el derecho de la fuerza de nuestros soldados, pues, lo dijo Napoleón: "la guerra se alimenta con la guerra."

Muy apreciados oficiales:

Por vosotros sentimos actualmente un hondo afecto fraternal. Y me permito repetiros: si Bolívar no pudo perdonarle sus crímenes al Perú...nosotros tampoco podemos perdonárselos, mucho menos a estas horas. No podemos perdonarles su traición iveterada desde el negro día en que hallándose nuestros mayores combatiendo allá para llevarles la dignidad de hombres libres, que nosotros ya teníamos, y en ocasión en que mucho más obligados estaban a ser consecuentes y caballeros, su presidente Torre Tagle y lo más granado de Lima se pasáron a los españoles, maldiciendo horriblemente al Libertador y a Colombia. (2) Nó, no podemos seguirles perdonando porque la sangre nos hierve entre las venas; porque desde el altar de la fama nos están mirando sin cesar nuestros progenitores, cuyos escudos heráldicos son hoy nuestra prosapia y nuestro nombre; porque se nos ha considerado, ultrajantemente, demasiado abyectos, para violar el reciente tratado y arrebatarnos, a manera de un juguete, la Patria reverenciable y sacrosanta.

¡Nó, no podemos perdonarles ni hoy, ni mañana, ni después, ni nunca!!

Casino militar.—Pamplona, octubre 23—1932.

(1) Hay una publicación del doctor Carlos Valcárcel, peruano, que merece leerse también.

(2) La mentira y la simulación han sido siempre la divisa del peruano. Una prueba, entre mil? La actitud suciamente fingida del Dr. José A. Lavalle ante el gobierno de Chile: todavía la víspera de la declaración de la guerra, en febrero de 1879, negaba enfáticamente la actitud bélica preconcebida del Perú.



Autoridades del Municipio, damas, señores:

Invitado especialmente por la Junta organizadora de esta velada patriótica, no he podido excusarme de venir a decir unas pocas palabras.

Estamos atravesando uno de los pasos más peligrosos de nuestra nacionalidad.

Los peruanos han quebrantado su palabra empeñada, y nuestro pabellón se ve a media asta.

Empezaré por decirlos que se han celebrado entre nuestro país y el del Rímac varios *MODUS VIVENDI* que ningún resultado favorable han dado: el Pardo—Tanco Argáez, acordado en Lima en 1904; el Calderón—Velarde, firmado en Bogotá en 1905, y el Porras—Tanco Argáez, suscrito en Lima en 1906. En 1910 se celebró en Bogotá el convenio Calderón—Tezanos Pinto. ¿Consecuencia de tanta tinta y tanta pluma? Que el triángulo Amazonas—Caquetá, que se nos ha querido arrebatar con tanta insistencia y perseverantes amenazas, mide 60.000 kilómetros cuadrados y será el vasto teatro de otra magna guerra.

La Ley 24 de 1910 creó la Comisaría Judicial del Caquetá. Desde ese momento se ha venido recrudeciendo la eterna persecución contra nosotros, por cuyo motivo sucedió la acción bochornosa de "La Pedrera" en los días 10, 11 y 12 de julio de 1911, en que 500 soldados peruanos muy bien artillados en cuatro lanchas de guerra, combatiéron contra 50 gendarmes colombianos consumidos por la fiebre.

En 1912 se expidió el Decreto número 320 por el cual se establece la Comisaría del Putumayo, con Mocoa por capital. Y hemos seguido avanzando, aunque con intermitencias lamentables, colonizando y haciendo caminos que comuniquen pequeños pueblecitos nuevos, como Sibundoy y Puerto Asís, enormes avanzadas, al fin, que ahorita son para nuestras milicias defensoras, verdaderos escalones.

Yo no puedo prescindir de explicaros que son cobardes y bárbaros los actos que estos mortales enemigos han cometido con nuestros conciudadanos, para lo cual me bastará recordaros estos tres casos: A) En 1907, en un punto denominado Jubineto, a orillas del Putumayo, nuestro Inspector de Policía, con 11 guardas, fué asaltado por una tropa peruana, los apresaron, los despojaron de cuanto tenían y se los llevaron. B) Poco después, numerosas fuerzas peruanas invadieron la ribera del río Caraparaná en una embarcación guerrera, atacaron a los trabajadores colombianos que allí había, asesinaron a un señor Prieto, incendiaron las casas y se llevaron los ganados y los víveres. Cosa semejante realizaron más tarde en el Caguán. C) Por sus poblaciones han paseado en ruda mofa a varios compatriotas

TRIUNFAL

nuéstrs, desnudos, y—¡oh pesar!—algo más grave, insufrible, afrentoso: pisotearon nuestro pabellón en las calles de Lima!!!

El epílogo de la tragedia lo estamos presenciando. El 24 de marzo de 1922 se firmó en Lima el reciente y definitivo Tratado de límites, entre los señores Salomón y Lozano; fué ratificado en Bogotá el 19 de marzo de 1928, como había sido también ratificado en Wáshington bajo de la seriedad de la Secretaría de Estado. En ese documento se definieron clarísimamente las fronteras, sin lugar a dudas. A pesar de todo éllo, se están cumpliendo los temores que Bolívar le significaba al general Mosquera en 1829. (1) Vosotros sabéis lo qué está pasando en estas semanas y cómo la petulancia y el cinismo de esos invasores nos queman la cara de vergüenza.

Hermanos!

Debemos declarar terminado irrevocablemente el juego del papeleo ante el gobierno del Perú sobre aquella región nuéstra, en la cual creyó Humboldt que debió de hallarse el paraíso terrenal.

Allá iremos, aunque la Naturaleza, como antaño, se oponga a nuestro esfuerzo, sí, porque no podemos, bajo de ningún concepto, volverle la espalda a nuestro linaje procer, para que nuestros bisabuelos no vayan a imaginar siquiera nuestro olvido, ese olvido que, según León Gómez, es lo más torturante de las tumbas.

Allá iremos parodiando la expresión de Leonidas en Termópilas, cuando invitaba a sus compañeros a cenar con Plutón: nosotros debemos darnos cita para las calles de la propia Lima, en donde no apareceremos tan extraños que no puedan reconocer la planta de sus libertadores de hace ya cien años, el timbre de idénticas cornetas, la apostura marcial de los veteranos, el acento de la gente franca, noble y leal, el mirar altivo y sin jactancia, el músculo firme ante todos los peligros y la voz idéntica que sabe ordenar el toque de las dianas victoriosas.

Allá iremos, sin que pueda inquietarnos la pretensión temeraria de esos hispídos farsantes.

Allá iremos, porque de antemano conocemos el camino.

Allá iremos, porque estamos obligados a limpiar con su bandera el polvo de nuestras botas.

Allá iremos, porque vamos a un desquite y porque como caballeros, ni compramos ni vendemos la batalla.

Allá iremos, por amor al pasado, al presente y al porvenir de Colombia, por amor—oh!—por ese sentimiento del que dijo Francisco Villaespesa en su tragedia "El Alcázar":

"la única dicha que en la tierra
a los mortales les da Dios!"

Cácuta, octubre 30—1932.

(1) El Libertador consideraba el Amazonas como límite natural.



Distinguido auditorio!

El Centro lírico—dramático de Cécota, en unión de los demás paisanos presentes y de varios amigos de esta localidad, desea que suba al tablado para decir algo en relación con el conflicto internacional que se avecina. Mil gracias!

En Leticia no ejerce ya atribuciones de autoridad nuestro Villasmil Fajardo: fué suplantado por un pérfido invasor peruano, equipado con cañones y ametralladoras, y por los milicianos regulares que le acompañan. Oscar Ordóñez! Esto equivale a pensar que hemos sido vilipendiados ignominiosamente. Es este el postrer eslabón de una cadena de inicua aberración. Historiemos un poco, aunque sea a grandes rasgos, para justificar este acerto.

Ante todo, es preciso entender a cabalidad que los peruanos son supremamente indignos de la libertad que les dimos, pues, son, por esencia, tan ruines y traicioneros, que el general San Martín hubo de afirmar que "al Perú se le impuso la independencia por la fuerza."

La Constitución de Angostura de 17 de diciembre de 1819 dispuso que el territorio de la República de la Nueva Granada sería el mismo que comprendía el Virreinato del propio nombre, fundándose en la real Cédula de 1739.

La Constitución de Cúcuta de 1821, sancionada por el Libertador el 6 de octubre, consignaba idéntica doctrina.

Habiendo sido nombrado después don Joaquín Mosquera Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el gobierno del Perú, empezó la nueva era torturante de los tratados y convenciones en que siempre hemos sido burlados y que forman muchos tomos.

En 1827 nombró el Perú Ministro Plenipotenciario ante el gobierno de Colombia al señor José Villa, enemigo irreconciliable de nuestro Presidente con el simulado fin de provocar una guerra. Cómo se llama esto? HIPOCRECIA!

El 22 de septiembre de 1829 se firmó en Guayaquil por

TRIUNFAL

los señores José de Larrea y Loredó y Pedro Gual, Plenipotenciarios del Perú y de Colombia, un tratado en cuya cláusula V se establecía que los límites de sus respectivos territorios serían los mismos que tenían los antiguos Virreinos de Nueva Granada y del Perú. Fué ratificado y canjeado debidamente. No obstante éso, el ejército peruano invadió la tierra colombiana, a pesar de los esfuerzos por la paz que realizó el coronel O'Leary. De modo que el Perú aprobó con entusiasmo el tratado, y acto seguido lo desconoció. Cómo se llama ésto? FELONIA!

El 6 de enero de 1830 se celebró una conferencia entre el Ministro de Relaciones del Perú y el Plenipotenciario de Colombia, hallándose presente el Presidente de aquella República, en que se fijó como demarcación el lindero natural formado por el curso del río Marañón o Amazonas, desde la frontera brasilera hasta el punto en que este río recibe el caudal, bien del Huancabamba, bien del Chinchipe, aquél sostenido por Colombia, el segundo por el Perú. Y otra vez volvió a ser desconocido y negado por él. Cómo se llama ésto? INFAMIA!

El 11 de agosto de 1830 el general Tomás Cipriano de Mosquera y el ilustrísimo señor Carlos Pedemonte celebraron un protocolo en el que dieron fin al asunto de límites entre Colombia y el Perú. Pero tan sagrado documento ha sido y es también negado y desconocido por aquella nación, a pesar de su publicidad y de los juicios críticos incontrovertibles de jurisconsultos de prestigio mundial como Canalejas, Sánchez Román, Clunet y otros. Cómo se llama ésto? FALACIA!

En abril de 1831 se nombraron por el Perú los comisionados que debían delimitar la frontera sobre la base del protocolo anotado, pero a condición de que se les hicieran ciertas concesiones territoriales. Cómo se llama ésto? TEMERIDAD!

En 1844 el Perú hostigaba a Ecuador y a Bolivia, por cuya razón se veía venir entre los tres una guerra reñida; pero nuestro Ejecutivo intervino y salvó la delicada situación. Otro inmenso servicio, y sin embargo, en 1850 todavía los peruanos no convenían en pagarnos la deuda monetaria de su independencia. Cómo se llama ésto? MALA FE!

En 1858 firmaron con nosotros un tratado de amistad, comercio y navegación, y luego, a escondidas, celebraron con el Brasil un tratado de límites en perjuicio nuestro. Cómo se llama ésto? SEVICIA!

En 1880 ocurrió la guerra entre Perú y Chile, y entonces nuestro Plenipotenciario, doctor Arosemena, les prestó el enorme favor de mediador. (1) El pago de esta postrera acción nuestra ha

(1) No hay que olvidar la abyecta traición de las milicias peruanas al general chileno Baquedano, asquerosa tentativa que motivó la ocupación de Lima por las fuerzas chilenas y la toma del Callao. Ese 17 de enero de 1881 fué algo así como la evaporación de los 25.000 soldados que había armado el Perú.

sido la cruda, tenaz y solapada persecución que desde 1891 han desarrollado los peruanos contra todo colombiano en la región regada por los ríos Caquetá, Putumayo y sus afluentes. Cómo se llama ésto? FALSA!

Podría seguir enumerándoos hechos odiosos y rastreros de esa gente, pero no terminaría en varias noches. Puedo únicamente, por consecuencia, pergeñaros al Perú con esta palabra: MENTIRA!

Hermanos!

Yo he soñado: que las augustas cenizas de nuestros próceres crugen entre sus tumbas; que las páginas de la historia patria parecen rodar al abismo hechas jirones; que las letras de nuestro escudo se desmoronan desteñidas y se las lleva el vendabal; que el sonido de las cornetas se pierde en el espacio en ondas decadentes; que el cristal de nuestros ríos se ve empañado; que en las colinas y en las llanuras ya no se mecen esbeltas, brillantes, y olorosas las flores de otros días; que las piedras preciosas de nuestras montañas se esconden más esquivas en el fondo del cosmos; que las aves canoras de nuestras selvas, de nuestros parques y jardines han enmudecido de repente; que el jaguar de nuestros llanos se ve sobre sus ancas estático y sombrío; que los niños de nuestras familias no ríen como antes, con la cadencia primorosa de un júbilo tranquilo; que por las altas cumbres no se escucha el cantar regocijado de nuestros labradores; que el horizonte se opaca sin remedio; que en la luz de los luceros hay una vaguedad indescriptible; que el condor de nuestros Andes no luce la gorgera de otrora, sino que doblega la cerviz con una desolación abrumadora; que las franjas de nuestro pabellón se inclinan en desorden, y que en los ojos de la patria hay un collar de lágrimas.....Todo éso lo he soñado. Y he sentido, como un huérfano indefenso, deseos incontenibles de gritar y de llorar. Pero me anuda la garganta y me vela las retinas el sentido del HONOR.

Compatriotas!

Hasta aquí hemos compartido el pan y el techo que nos legaron nuestros mártires. Pero ese pan nos le van a arrebatar de los labios, y ese techo se desmorona para siempre. Un hielo penetrante se nota en torno nuestro, y hay una especie de llanto de campanas que nos hiere los tímpanos con el doble profundo de los funerales: es la imágen de Colombia que semeja extinguirse. Reincorporémosnos para reconocerla. Levantémos su rostro abatido y demacrado, y si observamos que falta sangre a su semblante, vámos a ofrendarle, con intensa devoción, la que por nuestros cuerpos aún sentimos correr. Avivémos el fuego en el hogar para acopiar energía en esta hora de zozobra. Irgámos el talle entumecido, sí, irgámosnos firmes, firmes.....

¡firmes como los robles centenarios, firmes como el Palacé, firmes como los nevados, firmes como las palmeras, firmes como los atletas, firmes cual corresponde a los reivindicadores del Derecho!.....Y así, sin reticencias y sin vacilaciones, vámos hasta donde se oye el desgarramiento de la bella heredad, a probar, orgullosos y serenos, que somos los descendientes legítimos de nuestros superhombres del pasado, y que hacemos nuéstra la estrofa de Chocano, que alude a las sublimes exclamaciones de Pativilca y de El Santuario:

“ Tal, por virtud de Córdoba y Bolívar, en vano
arrancarme pretenden la lira de la mano
y robarme a la vida cual lo han hecho al hogar,
porque, fundiendo en una las dos frases de oro,
confiado en la venganza de mi canto sonoro
me entregaré a la muerte, ¡pero sabré triunfar!” (1)

Chitagá, noviembre 13—1932.

(1) Este altísimo portalira, la gloria más pura del Perú, ha sido y es amigo nuéstro en la controversia de límites, desde sus gestiones en Bogotá, desatendidas por sus paisanos, como, por ejemplo, el presidente Pardo.



(Próximamente: “Dianas del alba” y “Pétalos,” del mismo autor)



Sea lógico el Perú; cumpla el Pacto de Caracas; no preste a los usurpadores de Leticia ni ayuda material, ni apoyo moral; acepte todas las consecuencias que se derivan del reconocimiento de la validez del Tratado de límites con Colombia; aplique rectamente el Pacto Gonora, y se restablecerá al punto la turbada armonía.

GUILLERMO VALENCIA.

